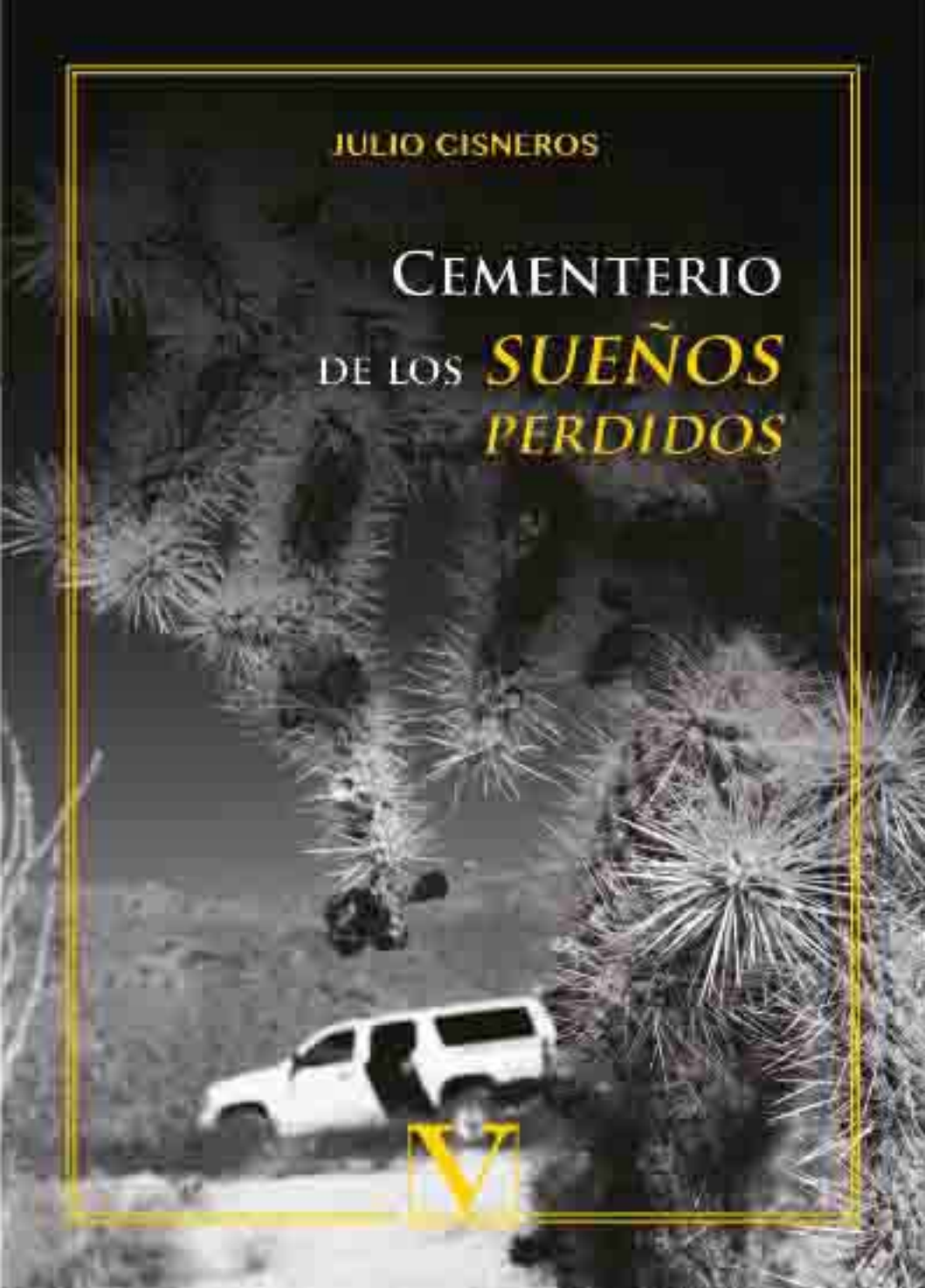
JULIO CISNEROS

Cementerio de los *Sueños Perdidos*



NARRATIVA
VERBUM

CEMENTERIO DE LOS SUEÑOS PERDIDOS

Verbum **Narrativa**

Dirigida por: Eugenio Suárez Galbán

Novelas y relatos de autores clásicos y contemporáneos. Entre las figuras más significativas presentes en la colección, destacan los nombres de: Mario Vargas Llosa, Mario Szichman, Miguel de Cervantes, Benito Pérez Galdós, Carlos Montenegro, Enrique Jardiel Poncela, Lino Novás Calvo, Pablo de la Torriente Brau, Vicente Blasco Ibáñez, Leonardo Padura, Antonio José Ponte, José Prats Sariol, Jaime Marchán, Consuelo Triviño, Víctor Fuentes, Juan Arcocha, Claudio Aguiar, Reinaldo Montero, Luis Manuel García Méndez, Luis Martínez de Mingo, Antonio Cavanillas de Blas, Lourdes Vázquez, Josefina Verde, José Lorenzo Fuentes, Julio Travieso, Miguel Barnet, Félix Luis Viera, entre otros.

JULIO CISNEROS

Cementerio de los sueños perdidos

EDITORIAL
VERBUM

© Julio Cisneros, 2018
© Imagen de portada: Maritza L. Félix, 2018
© Editorial Verbum, S. L., 2018
Travesía Sierra de Gata, 5. La Poveda, Arganda del Rey.
28500. Madrid
✆ 91 046 54 33
e-mail: info@editorialverbum.com
www.editorialverbum.es
I.S.B.N.: 9788490746912E
Diseño de colección: Origen Gráfico, S. L.

Fotocopiar este libro o ponerlo en red libremente sin la autorización de los editores está penado por la ley.
Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo 13
Capítulo 1 15
Capítulo 2 19
Capítulo 3 27
Capítulo 4 31
Capítulo 5 39
Capítulo 6 43
Capítulo 7 47
Capítulo 8 51
Capítulo 9 59
Capítulo 10 63
Capítulo 11 67
Capítulo 12 71
Capítulo 13 77
Capítulo 14 83
Capítulo 15 87
Capítulo 16 93
Capítulo 17 97

Capítulo 18 101
Capítulo 19 105
Capítulo 20 109
Capítulo 21 115
Capítulo 22 125
Capítulo 23 133
Capítulo 24 139
Capítulo 25 145
Capítulo 26 151
Capítulo 27 157
Capítulo 28 161
Capítulo 29 167
Capítulo 30 173
Capítulo 31 179
Capítulo 32 183
Capítulo 33 187
Capítulo 34 193
Capítulo 35 201
Capítulo 36 207
Capítulo 37 211

Siempre he creído que la realidad supera la ficción, por eso cuando pensé escribir un libro que reflejara el conflicto armado que enfrentó Guatemala y del cual fui testigo; pensé hacerlo en forma de novela basada en hechos reales. Sin embargo, cada vez que escribía una línea sentía que le hacía falta algo a la historia. Además me di cuenta de que el fenómeno de la inmigración hacia Estados Unidos esta conectado a casi todos los conflictos armados que ha enfrentado no solo Guatemala, sino también el resto de Latinoamérica.

Familiares, amigos y colegas me sugirieron que escribiera un libro basado en mis experiencias vividas en mi país y también en Estados Unidos. Pensé ¿a quién le puede importar mi historia? Después de varios años de pensarlo, finalmente decidí hacerlo. Ahora más que nunca sigo convencido de que la realidad supera la ficción.

JULIO CISNEROS

Prólogo

Lo conocí entre el desierto y sus recuerdos, en lo que él llama memorias. Hace muchos años nos presentaron, a mí con mis manías y a él con su martillo en la cabeza. Sin descaro, me dio el corazón y de la mano me llevó a una travesía por sus dolores e historias. Así fue cómo conocí Guatemala, a través de sus ojos y sus muertos.

Él no lo sabe, pero en cada capítulo de este libro está marcado su rostro. En la frente puedo ver los surcos de la guerra; en sus mejillas se asoman los hoyuelos de la infancia; en las comisuras se esconde el mapa del papalote que cruzó por los cielos, cual sonrisa entre las cientos de muecas; en sus ojeras se revela la escala de grises del implacable desierto; en sus arrugas, la eterna agonía de recordar cada noche el terror de una patria desangrándose, pero aun así entrañable hasta el hartazgo; y en sus hombros, el peso de no ser de aquí ni de allá, de la añoranza, de la culpa, de los silencios, de los que se fueron, de los que llegaron, de los que nunca se irán.

Estas memorias de Julio Cisneros se parecen mucho a él, no al padre ni al hijo ni al periodista; no al esposo, al amigo o al escritor, sino a él, ese que en las noches tiene que desfogar con palabras los recuerdos que lo matan por dentro. Quizá por eso los dolores de cabeza y corazón. Ha sido testigo y protagonista, pero lucha para no convertirse en un cómplice de una historia escrita a la fuerza, con armas, bombas y navajas. Todo, menos eso. Sus relatos son tan crudos como reales, y tan descriptivos que calan los detalles. Así ha sido su vida. Así es él. Así de pesada está su pluma.

En este libro, el autor nos muestra una realidad en Latinoamérica que los mismos gobiernos, cegados por la miopía política o la insaciable ambición, no han querido reconocer; en especial en Guatemala, un país que ha sido azotado por el crimen, la historia y la

desgracia, y ha sido saqueado y mutilado por su mismo Ejército. Pero no todo es luto y lágrimas. Julio Cisneros y su prosa nos levantan el espíritu con sus leyendas populares y el poder sanador de los ancestros; por que así es él, así es su país y así es su historia: contrastante, rica, poderosa e inmortal.

Prepárense para sumergirse en la historia de Guatemala que no está en los libros de texto, una que cuando comienzas a leer no permite dar marcha atrás.

MARITZA L. FÉLIX
Escritora y periodista

Capítulo 1

Phoenix, Arizona, 8 de noviembre de 2014

Julio

Estaba acostado boca arriba sobre la tierra árida, solo lo rodeaban botellas de plástico negras, desgastadas y carcomidas por el desierto; con su mano esquelética apretaba una fotografía arrugada y descolorida. Y en la soledad, desde lo alto un sol fulminante cocinaba sus carnes ya podridas. A un lado, un pájaro negro de plumaje lustroso se saboreaba apuntando su pico hacia el cielo buscando la misericordia de la gravedad para embutir su manjar: un trozo del cadáver que yacía aplastado con los ojos destripados y oscuros como petróleo. La horrible imagen se había quedado plasmada en mi mente desde la noche anterior, cuando leí un artículo sobre las muertes de inmigrantes en el desierto de Sonora, Arizona. La historia estaba ilustrada con esa cruda fotografía del cuerpo putrefacto, desnudo ante una realidad que muchos censuran o ignoran; ese cadáver era –y sigue siendo– el reflejo trágico del esfuerzo que hacen miles de inmigrantes por buscar lo que creen que será el sueño americano.

El reloj de mi teléfono marca las seis de la mañana con once minutos. A penas comienza a amanecer. Sin hacer ruido, me levanto y veo mi tableta en la mesilla de noche, todavía está encendida y en la pantalla aún está la fotografía que por poco me arrebata el sueño.

¡Vaya modo de despertar!

Intento apagarla sin éxito. No puedo evitar pensar que este no será mi día. La pantalla sigue iluminada y, sin saber cómo termino viendo la portada de un periódico de mi tierra natal, Guatemala. Entre sueños creo reconocer un rostro familiar, pero no le pongo atención; con el cerebro enmarañado por la madrugada, me conformo pensando que debe ser una de esas caras que se parecen a todos; eso pensé.

Camino hacia la cocina a preparar un café, esta vez utilizo el doble de la ración habitual, con la esperanza de que la cafeína me

exorcice los sentimientos que había revivido la imagen del cadáver. La muerte no es la mejor fotografía para despertar de buenas.

Me dirijo al baño en busca de unas aspirinas para aliviar mi eterno dolor de cabeza que ya había empezado a martillarme las sienes. Creo que ya no me acuerdo cómo es que no te duela nada, y ya no se ni a qué culpar. El cruel espejo de la repisa me escupe en la cara una imagen que a veces ni yo mismo reconozco. En mi mente todavía tengo veinte años, pero el obstinado espejo me recuerda todo lo contrario. En lo más profundo de mis ojos aún percibo una chispa de alegría que lucha por salir a flote como si estuviera atrapada en una nebulosa traicionera. Era la misma chispa que veía reflejada en los espejos de agua clara de los ríos de mi pueblo; recuerdos de mi niñez, cuando estaba convencido de que la maldad no existía y que mi única misión en la vida era poder correr por las calles de tierra como un animal del monte, trepar los árboles de mango y jocote como si fuera un mono y jugar con mis amigos hasta terminar cubierto de polvo de la cabeza a los pies.

Pero el taladro en el cerebro me devuelve a la realidad. Apenas logré pegar un ojo anoche, y las ojeras no perdonarán otra vez ese insomnio obligado; pero ¿quién puede dormir después de verlo allí, tieso, agrietado, muerto, muy muerto? Así cualquiera duerme mal. Quizá no debí haber leído ese artículo de noche, tal vez lo mejor hubiera sido devorarlo de día con la esperanza de que la mente y –sí, ¿por qué no reconocerlo?– también el corazón, lo pudieran digerir.

Lo que me inquieta es que he leído cientos de artículos parecidos. Viviendo en un estado fronterizo no es extraño hacerse casi inmune a las muertes de los indocumentados en ese devorador desierto. Yo he contado muchas historias de esas, pero ese reportaje tenía algo que me dejó incomodo, pensativo, intrigado.

En lo que iba del año, habían muerto noventa y siete personas en el desierto. Algunos de sus cuerpos, permanecían en la morgue con una etiqueta enrollada en el dedo gordo del pie; a la espera de ser identificados y en el mejor de los casos, reclamados por algún familiar. Sus cuerpos habían sido encontrados esparcidos entre árboles, atrapados en las grietas del poroso desierto. A otros, los rayos del sol

los habían deshidratado hasta convertirlos en verdaderos cuerpos disecados como momias. De los otros fallecidos, solo encontraron los huesos tostados por los mortales rayos del sol. Había visto también los rostros tristes y curtidos de quienes habían sido detenidos en el intento de cruzar hacia una tierra que en algún tiempo les perteneció, pero que ahora eran más extraños que un inmigrante en Marte.

Después de varios sorbos de café amargo –costumbre heredada de mi madre quien decía que los conocedores del café, deben beberlo sin azúcar para poder disfrutarlo mejor– ya mi mente empezaba a sacudirse los escombros de la noche anterior, aunque el dolor de cabeza seguía torturándome.

Aturdido por la neblina del cansancio, me dirijo a la sala y enciendo el televisor. Un canal de televisión muestra imágenes de los inmigrantes fallecidos en el desierto. Cambio de canal y mis ojos se clavan en ese rostro que acababa de ver en mi tableta. Esta vez analicé bien su fisonomía, sus gestos al hablar y su voz.

¡No lo podía creer!

Sabía perfectamente de quién se trataba, conocía parte de su pasado, y ahora lo que me intrigaba era: saber sus planes.

A las dos de la tarde con veintiún minutos recibí –a través del servicio de mensajería de una popular red social– un mensaje de este personaje que había reconocido en la televisión. Jamás imaginé que ese puñado de palabras de tono humilde, me haría viajar a mi país y desenterrar recuerdos dolorosos que había tratado de mantener olvidados en las profundidades de mi mente. Las retorcidas líneas de la vida me llevarían a enfrentar en cierta forma el origen de mi decisión de inmigrar hacia los Estados Unidos. Se trataba de un origen oscuro, triste, doloroso que había pasado a formar parte de un pasado distante, muy distante, pero presente al mismo tiempo. Era momento de desenterrar con mis propias manos del cementerio de los recuerdos, memorias que habían permanecido sepultadas por años y que claman su inevitable libertad. Esta es la primera vez que hablo públicamente de ellas.

Capítulo 2

Guatemala, enero de 2016

Julio

¡Bienvenido a Guatemala, el país de la eterna primavera!, anunciaba un letrero en el aeropuerto internacional La Aurora, en la capital de Guatemala. En las paredes del edificio, había fotografías gigantes de la ciudad maya Tikal; una de esas imágenes, en especial, me llamó la atención: la del templo El Gran Jaguar. La magnífica estructura, atascada en medio de una jungla verde como las esmeraldas, me trajo recuerdos placenteros.

¡Finalmente estoy en mi país!

Como arrastrado por los infalibles hilos de la inercia, me dirigí de prisa hacia la salida del edificio. Iba impulsado por el deseo insaciable de saborear nuevamente mi tierra, de sentir que nunca me fui; que el tiempo se había congelado y que entre la multitud todavía me esperaba mi madre con el rostro bañado en lágrimas, mi padre con los brazos abiertos, mis hermanos abrazándose entre ellos en señal de alegría y, uno que otro amigo sonriendo de oreja a oreja con la oferta de siempre: ¡vamos a echarnos unas Gallo! Pero mi madre y padre ya habían muerto, a mis hermanos les dije que no llegaran por mí, porque éste sería un viaje fugaz y los amigos ya se habían olvidado de mí, o habían emigrado a otros países en busca de un futuro mejor.

En lugar de abrazos y sonrisas, recibí la bofetada de un aire calido, húmedo, no como yo lo recordaba para este mes. Enero había sobrevivido al bullicio de las fiestas de Navidad y Año Nuevo y los residuos de las celebraciones se reflejaban en las vitrinas de las tiendas todavía adornadas con lucecitas de todos colores. El ambiente en las calles también era distinto. Percibí un brillo inexplicable en los ojos de las personas que esperaban el autobús en la Calzada Roosevelt; una chispa de luz en el semblante de quienes vendían cigarrillos y dulces al menudeo a la orilla de la calle 18. Se respiraba algo desconocido

para mí. Viviendo la mayor parte de mi vida en Guatemala, estaba acostumbrado a los rostros de decepción entre el pueblo, principalmente cuando se trataba de la confianza en los políticos. Pero ésta vez lo sentía distinto. En el fondo de mi corazón esperaba que mi percepción fuera la correcta y que no estuviera equivocado.

El ruido de los autobuses, el tráfico y el smog me hicieron recordar mis años de universidad. En esos tiempos, en cada parada del autobús, mis compañeros y yo estábamos alerta y listos para salir corriendo o agacharnos en caso de que una lluvia de balas salpicara nuestros cuerpos y nos dejara como coladeras como había ocurrido con muchos estudiantes universitarios. Enredado en la telaraña del recuerdo, no me di cuenta de que el taxista estaba listo para llevarnos a Kevin y a mí a nuestro destino en un lugar de la zona 1 en la capital de Guatemala.

–Súbanse muchachos –decía el taxista con la puerta abierta–. Súbanse.

Kevin, un joven estadounidense de 25 años, de descendencia mexicana, china y japonesa, me acompañaba como camarógrafo para realizar un proyecto periodístico. Había convencido a este talentoso fotoperiodista a que me acompañara a esta aventura.

Llevábamos en agenda unas cuantas entrevistas programadas, y el resto debíamos conseguirlas preguntando en las calles al azar. Para mi, todas las entrevistas tienen la misma relevancia, sin importar si el entrevistado es el presidente de los Estados Unidos, o un indigente que vive debajo de un puente. Para mí, la verdad de un sintecho quizá es más genuina que la verdad de alguien en una posición de alto rango.

Abordamos un taxi Nissan de color blanco posiblemente de principios de los noventa. El conductor era un hombre en sus cuarenta años y a juzgar por su seguridad al calcular el tiempo a nuestro destino, no necesitaba un Sistema de Posicionamiento Global. Sus más de veinte años de experiencia recorriendo el laberinto de las calles de la ciudad capital, –según nos dijo– le habían bastado más que suficiente para conocerla como la palma de su mano y poder calcular el tiempo exacto de un tramo a otro, con solo saber la hora y el fluido del tráfico.

–Llegamos en treinta minutos –dijo encendiendo la radio que soltó un alarido estrepitoso: *"Ser moreno y chaparrito sería el look más cotizado…"*

Ricardo Arjona cantando Si el Norte fuera el Sur. Su voz salía por grandes y pequeñas bocinas incrustadas en el tablero del conductor, al lado en las puertas y a juzgar por el fuerte ruido, también estaban incrustadas en el techo del vehículo.

–Disculpen el mal sonido –dijo–. Las bocinas están viejas.

Kevin, ya estaba con la cámara al hombro haciendo honor a su fama de ser un excelente camarógrafo. El ojo de Kevin era implacable, en muchas ocasiones, los reporteros teníamos que hablar poco en las historias; las reveladoras imágenes que Kevin filmaba siempre hablaban por sí mismas; contaban una historia, transportaban al televidente al lugar, los hacía respirar su aire, sentir la temperatura y también los zambullía en las aguas de la tristeza o en las mieles de alegría.

El lente de este joven se enfocaba en las paredes de los comercios y las casas que desfilaban a través de la ventana del taxi con algunas de las siguientes frases pintadas con aerosol negro y rojo:

"CACIF ratas". "Corruptos y corruptores a la mierda". "Asesinos".

CACIF son las siglas del Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras de Guatemala. En otras palabras, el CACIF es la cúpula empresarial del país.

Era la primera vez que Kevin estaba en Guatemala y para él, eso era algo completamente nuevo, para mi no. En la década de los ochentas las paredes de las calles eran los periódicos del pueblo y se vivía en un estado de paranoia colectiva. Las frases marcadas en las paredes me hicieron sospechar que en mi país quizá no se respiraba un ambiente de esperanza, era muy probable que me había equivocado en la primera impresión, cuando recibí en la cara el cálido aire de mi país, confundido por la nostalgia y la añoranza de algún día regresar como el hijo pródigo.

–¿Cómo está la situación en Guatemala? –le pregunté a quemarropa al taxista, quien ya había apagado la radio.

Minutos antes, el taxista ya nos había observado de pies a cabeza, principalmente después de que viera que sacamos una cámara de video.

–Disculpe, no le oí –dijo limpiándose una gota de sudor de su frente.

–Solo le pregunté que cómo estaba la situación del país.

–Pues allí vamos. Nos quedan unos diez minutos para llegar.

–Y el trabajo que tal. ¿Le va bien?

–Ganamos solo para irla pasando. Sacamos solo para los frijoles.

Los ojos del taxista me escudriñaban como tratando de descifrar el propósito de mis preguntas. Le indiqué que éramos periodistas y que veníamos a hacer unos reportajes sobre Guatemala.

–¿El taxi es suyo? –insistí.

–Sí, –respondió– Se lo compré a un amigo que lo trajo de Estados Unidos.

–¿Le podríamos hacer una entrevista para nuestro reportaje?

–¿Sobre qué usted?

–Solo estoy interesado en su opinión sobre la situación actual del país, nada más.

A pesar de haber nacido en Guatemala, quizá los tantos años viviendo en Estados Unidos habían borrado mi acento guatemalteco. Era evidente que el taxista no confiaba en mí y que mi conversación le parecía hasta cierto punto peligrosa.

–Yo soy de Guatemala –aventuré para ganarme su confianza–. Llevo muchos años viviendo en Estados Unidos.

–¡*Púchica* usted! –Pensé que era colombiano–. Es que últimamente anda mucho extranjero por estas tierras. Pregúnteme y yo respondo, pero no me grabe con esa cámara.

–¿Y si le grabo solo la voz?

–¡Vaya pues! Pero no diga mi nombre.

Activé la función de grabar voz de mi teléfono móvil y empecé la entrevista.

–Le voy a hacer la misma pregunta. ¿Cómo está la situación de Guatemala?

–La misma mierda, usted. Aquí nada cambia.

–¿En qué sentido?

–Tenemos más crimen que nunca. Aquí lo matan a uno por robarle un celular o por un par de anteojos.